

Pensar históricamente en una coyuntura de emergencia

Durante las últimas décadas, los quehaceres intelectuales vinculados a la producción humanística del saber han experimentado una devaluación social que, con altibajos, delinea una tendencia declinante. Sus efectos son observables en las políticas presupuestarias que condicionan la investigación y la enseñanza universitarias: evaluadas de acuerdo a los estándares de las “ciencias exactas” o la tecnología, merecen cada vez menos recursos y reconocimiento. Para la razón instrumental, cuyo principio rector es la generación de beneficios económicos u *outputs*, las humanidades son irrelevantes. No “producen”. O, si lo hacen, sus bienes son vistos como resabios arcaicos, vestigios de una sociedad caducada.

La imagen del filósofo distraído en sus ensoñaciones “metafísicas” o el perfil de la historiadora ensimismada y empecinada en restituir el escenario de un remoto pueblo del siglo XVI hoy desaparecido son estereotipos eficaces para deslegitimar la tarea humanística. Por supuesto, no siempre fue así. Hubo épocas en que las humanidades fueron estimuladas y apoyadas institucionalmente para construir discursos de saber y legitimación. Fue el caso de la etnología en tiempos de colonización imperial o de la historiografía en periodos de “construcción de la nación”. La validación de esas disciplinas fue determinada por su funcionalidad con respecto a los propósitos estatales. Esas épocas parecen haberse ido, tal vez para siempre, aunque nada garantice que las genealogías no nos habiten cuando creemos estar lejos de aquellos horizontes de dominio. Pero el origen no es un destino: las humanidades supieron reconstituirse por medio de sucesivas críticas de sí mismas y de sus propios surgimientos.

Ante la razón instrumental, que procura apropiarse del mundo en términos de “conocimiento”, de un saber sobre las cosas, las humanidades se demoran. Se hacen preguntas

sobre las preguntas. Y el tiempo es dinero. Es mercancía. En coyunturas críticas, cuando los recursos económicos flaquean y el tiempo escasea, los saberes humanísticos sobran.

La expansión global de la pandemia del coronavirus (COVID-19) no crea una situación desconocida para las humanidades, incluida la historia. Solo la agrava. Con excepción de las alusiones a otras pandemias como las así llamadas “peste negra” o “gripe española” más alguna referencia al desarrollo de sistemas públicos de salud, el lugar de la historia en la coyuntura mundial es a primera vista poco halagüeña. Otros saberes son juzgados más relevantes, porque se trata de un nuevo virus, de una situación inédita extremada por la globalización. Investigar en la urgencia de la pandemia es tarea de, entre otras disciplinas, la medicina, la virología y la biología molecular. También es faena de la ingeniería, para la construcción de hospitales en tiempo record, para la producción de respiradores artificiales a partir de estructuras de fabricación automotriz. En esta coyuntura, la historia, como las otras humanidades, parece superflua.

El panorama es más abigarrado que el expuesto por estas breves notas pesimistas. No es falso el imperio de la razón instrumental en la lógica social de nuestro presente. Sucede que las prácticas coyunturales inquietan el horizonte de lo real para complejizar los límites de aquella razón.

La pandemia cuestiona las premisas del periodo histórico inmediatamente precedente. El lugar del Estado ya no será el mismo, al menos durante un lapso impredecible. No lo será en materia sanitaria, pero tampoco en términos económicos y sociales. El mundo será diferente. Inhibida la profecía, desconocemos cómo será. Pero cambiará.

Las formas de un pensamiento no instrumental reconquistan entonces su valor en apariencia devastado. Con esto no quiero hacer una apología de las humanidades, cuya eventual funcionalidad a las lógicas de dominación he señalado.

Anexa a esas lógicas se encuentra la posibilidad – pues las humanidades, como toda otra creación humana, son un terreno controvertible – de amplificar sus dimensiones reflexivas y críticas.

De diversas maneras, esa posibilidad es urgida por la propia situación. El tiempo brevísimo de las noticias y circunstancias está acompañado por la intuición de que esa temporalidad es incapaz de generar análisis de mayor aliento aptos para vislumbrar el alcance de la experiencia en curso y las orientaciones sobre lo que sucederá en el futuro cercano. Sabemos que tarde o temprano el coronavirus será detenido. Menos claras son las tendencias globales, regionales y nacionales de los próximos años y décadas. Para pensar esas tendencias es fructífero el pensamiento histórico. De alguna manera, a tientas, es lo que se observa en la convocatoria a historiadoras e historiadores para intervenir en los medios masivos de comunicación.

Son inciertas las maneras en que la pandemia afectará a la profesión historiadora en el mundo. La comprensión histórica puede ofrecer contribuciones al desafío enfrentado por la humanidad. En los últimos años se ha planteado un debate sobre los retos para las orientaciones historiográficas hegemónicas – se afirma que durante decenios estuvieron interesadas en lo microhistórico, lo discursivo y lo contingente – planteados por la globalidad capitalista, la larga duración y las dimensiones estructurales. ¿El fenómeno global reclama un estado deliberativo de la disciplina historiadora en que se replanteen las agendas vigentes?

Incapaz de ingresar en esos tópicos, creo que el primer aporte de la historia consiste en evaluar los límites de la inmediatez. El temor, la urgencia, la posibilidad de la enfermedad o la muerte, individualizan y contraen la temporalidad a la supervivencia. Entonces el pensamiento se recuesta sobre sí mismo y pierde densidad. Sin negar las particularidades de la presente situación (en el caso concreto, su globalidad), el saber histórico muestra que, en el curso de los siglos, las

pandemias han ocurrido y han sido enfrentadas. ¿Cómo? ¿Por medio de qué decisiones? ¿Cuáles son las historias de la "salud pública" que nos permiten entender mejor lo que las noticias periodísticas solo parcialmente esclarecen? ¿Qué ha sido de la "historia" de la intervención estatal, del Estado "benefactor", de la "biopolítica"? ¿Es viable reflexionar sobre los límites de la propia sociedad capitalista ante estos acontecimientos globales? Las interrogaciones son interminables.

Son también múltiples las consecuencias de otro rasgo del pensar histórico: revelar el carácter construido de todo acontecer irreductible a un "estado de cosas" en espera de su relato. La pandemia es un hecho, pero también la constituyen las intervenciones activas de los gobiernos, de la Organización Mundial de la Salud, de los medios masivos de comunicación, de las redes sociales, de las organizaciones sociales y políticas. ¿Cómo hacer un balance prudente y adecuado cuando se entremezclan tantos hechos, prácticas y discursos performativos? ¿No hay acaso operaciones positivas que dirimen intereses geopolíticos y económicos en lo que se presenta como un "espectáculo"? ¿En qué punto la mayor intervención estatal deviene en arbitrariedad autoritaria? En suma, más preguntas.

Plantearlas no es una facultad exclusiva de la historiografía. Pero es uno de sus signos el inscribir los fenómenos en sus contextos y alumbrar sus complejidades. Para mencionar algo básico, poner en contexto y complejizar sugeriría pensar la historicidad de las representaciones de la pandemia en un mundo actual donde perduran muchas otras enfermedades y, sobre todo, situaciones evitables y causantes de víctimas más incontables que las generadas por el coronavirus. Dolencias y condiciones sociales causadas por la desigualdad socioeconómica, por ejemplo, ocasionan varios millones de muertes anualmente y son experimentadas como hechos de la naturaleza. Con esto no quiero decir que el coronavirus

sea un padecimiento menor o haya sido exagerado por una psicosis colectiva. Más bien propongo que pensarlo en su complejidad podría conducirnos a reflexiones en que adquiriera su significación como parte de los desafíos para desnaturalizar la coexistencia global.

El propósito de una revista como *História da Historiografia* – un gesto en modo alguno exclusivo – persevera en este contexto de urgencias cortoplacistas. Porque hoy no solo precisamos conocer hechos históricos, siempre bienvenidos, sino también *pensar históricamente*.

Este número de *HH* reúne una diversidad de estudios que regresan sobre argumentos clásicos y novedosos de la teoría de la historia. Anima a esos estudios una inquietud reflexiva sobre la práctica historiadora y sus premisas analíticas, literarias e ideológicas. Contra la primacía acrítica de la razón instrumental, tal vez un pensamiento histórico habilite para intervenir de otro modo que el tecnológico, periodístico o gubernamental en la situación de emergencia mundial.

La pandemia pasará. Habrá entonces que contar y lamentar las víctimas. Luego será el tiempo de extraer conclusiones, de situar su acontecer en múltiples contextos, de ensayar explicaciones en el corto, mediano y largo plazo. Llegará el tiempo de las comparaciones y evaluaciones de sistemas sociales, políticos y culturales en los que vivimos. Y, por qué no, de deliberar sobre el mundo que deseamos compartir. Para eso, la “información” del saber instrumental es insuficiente. El pensamiento histórico, acompañado por otros pensamientos, puede intervenir a su modo, con sus propios debates y propuestas, en el complejo escenario venidero.

Es el anhelo de *HH* continuar bregando por el desarrollo de una reflexión histórica, por incorporar a los diálogos y disensos de la actualidad un espesor del pensamiento que exceda la inmediatez. Sin ceder al estremecimiento de una catástrofe, es posible que una vez más nos hallemos ante una bisagra epocal

en que aquello que hasta ayer era la realidad incuestionable requiera ser comprendida en toda su vacilación y posibilidad. O, lo que es lo mismo, en su historicidad. Quienes hacemos *HH* perseveramos en nuestra tarea con la expectativa de aportar en estas páginas, gracias a quienes continúan creyendo en una publicación periódica crítica, investigaciones y conjeturas razonadas para pensar históricamente. No es una preocupación por el pasado. Es una averiguación por este presente enigmático.

Omar Acha

Abril de 2020, Ciudad Autónoma de Buenos Aires